

Rafael DIESTE: *La Isla. Tablas de un naufragio*.

Prólogo de Carlos Guerméndez, y dos cartas incompletas de
Carmen Muñoz de Dieste.

Barcelona, Anthropos Editorial del Hombre, 1985, 188 págs.

Recensión, por **Francisco MUNDI**

El autor de los maravillosos cuentos *Historias e invenciones de Félix Muriel* y del encomiable drama *A fiestra valdeira* (La ventana vacía), escribió al dictado en 1955 los relatos de *La Isla*. Carmen Muñoz, la esposa del escritor, con magnífico estilo y penetrante agudeza en un tema muy vivido por ella, entre otras cosas dice: «Creo que uno de los aspectos más singulares de este texto es que fue totalmente dictado, en un gozoso impulso de creación que duró sólo siete días» y este hecho ha de ser conocido para juzgar el relato y su ingenuidad.

El Sr. Rial (el Bienaventurado) (pág. 36), tiende su mirada desde «la isla», es decir, el otro mundo, pero «el límite entre la vida terrenal y la vida de la isla» no es opaca o impenetrable (pág. 43). Tenemos ya el primer gran personaje, Rial, en aventura de «aprendizaje» (pág. 42), el cual es encuadrado en un marco narrativo (Paréntesis 4, pág. 44), según la norma que ha formulado Umberto Eco en sus *Apostillas a El nombre de la rosa*. *La Isla*, tiene otro mérito: nos enseña, de forma práctica, cómo se hace un cuento (en los Paréntesis 5,6,7,8,9,2 y 10) a base de un empedrado lineal de ideas-luz.

El esquema de «La disputa de los Doctores» (pág. 48) es, dentro del conjunto, un microcuento, que compone su escenario: «una pequeña ciudad silenciosa, académica, con dilatados jardines»...; tiene su planteo: Allí «la fe es dudar hasta que muestra sus aristas de diamante la certeza»; su nudo: «se trataba de demostrar (...) por reducción al absurdo, la existencia del más allá, del otro mundo, de la vida terrena»; y su desenlace, cuando el Sr. Rial concluye: «Algo que ya no entiendo». Con buceos o escarceos filosóficos se intenta ver este mundo desde el otro, fingiendo o dando como supuesto que el otro es el nuestro.

Añadéanse singulares interpretaciones de posiciones contrarias a la «aparente» realidad, y arranques telúrico-pateísticos. «La tierra de la isla fue por un instante un mar más agitado que el mar.»...«la isla empezó a hundirse como un buque». Aparece entonces el segundo gran protagonista, Ulises, reencarnado en un grumete (pág. 52), que anota en su diario ingeniosas contradicciones, como la del Z.D. (zurdo diestro).

La Isla, según Miquel González, es una «irrealidad real y verdades soñadas y pensadas», (en «Dieste y Cunqueiro hacen hombre a Ulises», *La Voz de Galicia*, 16-VII-1985). Ulises se hace adulto, sin que lo advierta hasta cuando ya lo es. «Nunca tan hermosamente quizá, se haya plasmado el paso de la conciencia de ser niño a tornarse en un ser nuevo, extrañado y entrañado». (Ibidem).

Si estamos ante una narración desigual, la casi-improvisación la baña de encanto, la fantasía mana con todo su candor poético, lozano y fresco. Y en cuanto al fondo, hay que afirmar también con M. González, que estamos frente a «la trágica alegría de ser hombre...».

Tablas de un naufragio engloba *Teoría del hábito* y otros siete ensayos. Téngase en cuenta, como concreta la señora Dieste, que «Rafael era realmente un ser pensante». Cualidad característica inseparable de la que sintetizó P. Enríquez Ureña: «R. Dieste fue un poeta en su obra y en su vida». Porque *Tablas de un naufragio* es filosofía con poesía. La *Teoría del hábito* —dirigida a los kantianos— viene a ser la ampliación del juicio sintético a priori, al hábito sintético a priori. Sintético, es decir, fruto de la experiencia. A priori, anterior a la experiencia. ¿Cómo compaginar estos contrarios? Porque la experiencia de cada uno de los casos resulta positiva: el problema de la inducción.

Para Dieste: «La fantasía es algo perfectamente serio», (pág. 132). Vemos ahí un rescoldo valle-inclanesco que se reaviva. En efecto, *La Isla* y *Tablas de un naufragio* amasan un realismo fantástico que desvela la realidad, frente al realismo hipócrita que cubre y disfraza la realidad. El *modus operandi* para descubrir la autenticidad no es el esperpento, sino el juego de contradicciones, y por otra parte la teleología diestiana se apoya en la confianza «—pues no se puede hablar de verdad si no se habla confiadamente—», (pág. 123). Dieste se confía al hombre.

Terminamos refiriéndonos —imprescindiblemente— a algo aludido ya al principio de estas líneas: el buen decir y la clarividencia que Carmen Muñoz patentiza en sus dos cartas, publicadas después del prólogo, relativas a cada uno de los dos títulos de su difunto esposo, ahora editados.



